

24 DE FEBRERO

El 24 de febrero de 1895, es el complemento glorioso de aquella otra fecha inmemorable para el pueblo cubano, mientras exista como pueblo y mientras se canten en América Libre los hechos homéricos de sus hijos. Quiero referirme al 10 de Octubre de 1868. Así como marcan estas dos fechas, dos jalones de gloria, como principio y fin de nuestras luchas libertarias; así también se destacan dos hombres, como los formadores, como los constructores, como los autores y actores de esos dos hechos cumbres. Cada uno de estos hombres encarna en sí cada una de estas fechas.

Cuando se dice 10 de octubre de 1868, vemos en mente destacarse esta fecha, como en letras de oro, en la frente amplia y hermosa, nimbada de gloria, de Carlos Manuel de Céspedes. Cuando se invoca el 24 de febrero de 1895, fulge también estampada en la comba frontal del iluminado, del hombre de mirada dulce y soñadora, del poeta y del patriota, del guerrero y del héroe, del inmolado en Dos Ríos, de nuestro Cristo Excelso, de José Martí. Fue Céspedes el Fundador, el Padre, el Creador. Fue Martí, el continuador, la encarnación, el finalizador, de la Gran Obra de la Patria.

No podemos evocar estas fechas de gloria, sin que surja prominente la figura de aquel patriota manzanillero, que tuvo el honor de acompañar a Céspedes en Yara y después de 10 años de homérica lucha, reaparecer con aquella bandera el 24 de Febrero del 95, en los campos de Bayate, al unísono de los patriotas de Baire. Me refiero al Solitario de la Jagüita, al inmortal Don Bartolomé Masó. A la inflexibilidad de su carácter y al más acrisolado patriotismo, se debió que los que lanzaron el grito de «muerte o libertad» no fueran sorprendidos por la astucia del Gobierno Español, con arreglos de Autonomía. A poco vemos que los guerreros de Bayate y de Baire, bajo las banderas de Don Bartolo,

rodean al Generalísimo y a Martí, cumpliendo la cita con el Maestro y el Gran Guerrillero. Allí en Dos Ríos pasaron por el dolor cruel de ver caer de cara al Sol, como él pidiera en sus versos inmortales, al hombre cumbre que les guiaba con su genio. Pero el hombre de guerra es hombre de bronce; no eran bisonños los guerreros a que había dado cita Martí, eran los hombres cubiertos de gloria en la Década del 68, para dar ejemplo a los noveles soldados del 95. A caracteres como Masó, Maceo y Gómez, les fué acicate la adversidad de la caída del héroe. Martí caía, pero la Revolución se levantaba hasta vencer o morir.

No podemos hablar en una fiesta patriótica de una u otra época, sin que el recuerdo de los grandes florezca en la memoria. No podemos hablar de un guerrero o un grande de la Patria sin que la figura varonil erguida en empinado pedestal, de Ignacio Agramonte no flote en la mente. Este fué grande entre los grandes, primero entre los primeros hombres que han dado grandezas e historia a la Patria Cubana. En la Paz, fué de los intelectuales más destacados. La sociedad cubana le tenía como uno de los más ilustres hijos y uno de los más destacados caracteres. En la guerra el valiente entre los valientes. Los jefes como el mejor de los compañeros, el soldado como el prototipo del hombre justo. El enemigo le temía en el combate por lo fuerte de su brazo y la temeridad de sus guerreros, los más pujantes en el ataque. Supo hacer por sus prestigios y rígida disciplina la caballería más famosa de todas las guerras americanas. No eran más ágiles en el ataque los famosos jinetes del llanero Páez, que la bravia caballería camagüeyana.

En la acción él, el primero, detrás sus guerreros y no por soberbia, es proverbial su modestia, sino ejemplo de valor, para poder exigirlo y así, como un centauro al frente de sus camagüeyanos desbarataba el cuadro de los infantes más valientes del mundo, del soldado español.

No manda a rescatar a su fiel amigo y compañero de armas el Brigadier Sanguily, sino que confía sólo en el poder de su brazo y en un grupo de sus fieles e idólatras soldados. Parece imposible, increíble, que un hombre al frente de un puñado de guerreros, sea capaz de realizar tan magna hazaña. ¡Arrebató a una columna española a un jefe prisionero que llevan en el centro de la columna! Sólo un Ignacio Agramonte acompañado de hombres hechos por su regia mano fuera capaz del hecho heroico. Hoy 24 de Febrero otros dos Grandes de la Patria pugnan por salir a flor de labio. Uno, nacido en el extranjero pero enamorado de nuestra tierra a tal extremo que a ella dió cuanto un hombre noble puede dar a su patria



IGNACIO AGRAMONTE

para hacerla libre. Lo más que puede decirse para comprender cuán grandes fueron sus sacrificios por la tierra adoptiva es: que no hay un cubano, no hay un nativo que dé mas a Cuba que el nativo de Bani, en tierras dominicanas. Honores y excelsas glorias derramó para nuestra historia, que fueron tantos, que Martí y Maceo no titubearon en seleccionarlo como el Generalísimo para la lucha del 95, el máximo honor, a que un cubano podía aspirar. Los hombres de la Revolución supieron aquilatar sin sombra de envidia las excelsas virtudes del grande hombre y mostrarle así el reconocimiento del pueblo cubano en armas. Cuba puede ser ingrata con uno de sus hijos, pues cuanto para la Patria se haga es deber.

Pero no se nos puede decir ingratos para el Gran Máximo Gómez, le reconocimos y le reconocemos sus grandes sacrificios y heroísmos para libertarnos y aunque es imposible poder pagarle deuda tan sagrada él está en la mente y en el corazón de todo cubano digno. Cuando de Heroe tratan nuestros libros él es siempre de los primeros en las heroicas hazañas. Y aun hoy nos sentimos pequeños de no haber podido hacer aún mas hermoso y majestuoso el monumento levantado a su memoria en la Habana a la vista primera del extranjero que visita nuestra playa como para expresar como vive el eximio Máximo Gómez en el recuerdo y el corazón de los cubanos.

El otro varón ilustre que a Gómez podemos aparejar en las luchas de las dos guerras, es el prototipo del guerrero, el orgullo del cubano, el héroe inmaculado al que sólo puede ponérsele en parangón para ajustar su medida, el león camagüeyano, Ignacio Agramonte, me refiero al Titán de Bronce, Antonio Maceo. Aún no se ha escrito nada en Cuba que dé la medida de las glorias y hechos de Maceo.

Fue Antonio Maceo el héroe epónimo del 95. Fue él nuestro genio guerrero, como fue Martí genio por la concepción de las ideas, por la universalidad de sus talentos; cada uno escaló la cima de la montaña, uno por una ladera y otro por la otra y los dos dedicaron su genio en holocausto de la Patria. Como genio guerrero sólo un hecho que narra mil combates nos da la medida de Antonio Maceo: «La Invasión». Hecho que lo eleva al primer puesto entre los capitanes del siglo pasado. Ya en el 68 los hechos de guerra le hicieron decir a Martínez Campos, que no era Antonio Maceo uno de tantos capitanes, sino que difícilmente habría en Europa un capitán de las condiciones y genio de Maceo. Y no sólo fue grande Maceo por sus hechos de guerra, sino también por sus condiciones de caballeridad y carácter y la nobleza de su alma.



MÁXIMO GÓMEZ

Observemos que Maceo fue de los gladiadores del 68, que se desarrolló en un medio ambiente contrario a cultivarse; existía la esclavitud y la raza negra tenía más dificultades para avanzar que el blanco, además su familia era humilde para poder darle una regular educación. Sin embargo, Maceo tuvo tiempo después del fragor del combate diario, cultivar su mente y adquirir cultura. Su grandeza de alma hizo que no conociera nunca las bajas pasiones, como la envidia, la soberbia, el racismo, etc. Fué el más fiel cumplidor del deber y el jefe que más hacía respetar el cumplimiento del mismo. Leal amigo con la fidelidad del niño. Fue hijo y esposo ejemplar. Fue de carácter enérgico y dulce al mismo tiempo. Los más encopetados hombres de su época, del talento o de la economía, le rendían pleitesía y admiración, orgullosos de tenerlo de amigo.

Generales españoles del prestigio de Martínez Campos y Santocildes, tenían a gran honor ser amigos de Antonio Maceo, teniéndole en el mas alto concepto del honor y la caballerosidad. Si no hubiese estado adornado de tan altas virtudes ciudadanas, ¿le hubieran adorado sus soldados?

¿Por qué si no cumplían sus órdenes como si las emanaran del mismo cielo? ¿Por qué si no, ha sido el único cubano a que no llegó la intriga y la crítica para herirlo?

¿Por qué le respetaron con unción superiores e inferiores? ¿Por qué los españoles era al Jefe que más temían en el combate y más respetaban en sus diatribas? ¿Qué clase de guerrero éste que no se le conoció un solo acto injusto? ¿Por qué la maldad de las dos razas nunca le hirió con sus infundios? Blancos y negros, cubanos y españoles, amigos y enemigos respetaron a Maceo más que a ningún otro cubano. Para mí, conceptúo a Maceo como el arquetipo del hombre de carácter, de honor y de valor.

Para mí, pensando en Cuba, guardo en mi pecho por el sentimiento patrio y en mi cerebro como idea, que «fue Antonio Maceo el varón guerrero más ilustre y ejemplar nacido en Cuba. Uno de los orgullos más legítimos de todo cubano es poder presentar en la Historia un carácter de tanto valimiento».

Si orgullosa se siente la raza negra de haber producido un Antonio Maceo, orgullosa se siente la blanca de que la Patria Cubana tuviera un hijo como Antonio Maceo: el primero entre los primeros de las dos raeas. Gloria y prez para la Patria.